

Primer premio del Concurso de artículos de Humor, Poesía y Ensayo, en castellano, Pyrenaica 1986

Montañas de pesadilla

Nueva ruta en el Espolón Nordeste del Indamendi. Vía Narbasta, 4x inf.

Andoni Ruiz Etxebarria

SERIAN ya las tantas de la tarde cuando arribamos a la solitaria plaza de El-kanoh, situada en la aldea del mismo nombre, por encima de los acantilados costeros que obstaculizan el avance del mar en la provincia de Gipuzkoa, al norte de la península Ibérica. Desde esta plaza puede contemplarse perfectamente la aplastante mole del Pic d'Indamendi (4.620 decímetros), en cuya vertiente norte trataremos por todos los medios, de abrir una nueva ruta que dejará con la baba en los labios a más de muchos alpinistas.

Los habitantes de El-kanoh, curtidos baserritarras, dedican su desinteresado esfuerzo y sudor, en aquellas tareas que, íntimamente ligadas a la naturaleza, les proporcionan los medios de vida necesarios para alcanzar grandes cotas de felicidad y bienestar. Entre sus labores más relevantes se encuentra el proceso de ordeñamiento de las bestias; el resultado de este trabajo es un líquido blancuzco y algo espeso, al que denominan esnea. Para que la familia baserritarra pueda consumir tranquilamente esta esnea, es necesario que la vendan primero a una fábrica especializada en su tratamiento, la cual a su vez se encargará de comercializarla en centros adecuados, donde la etxekoandre (esposa del baserritarra) podrá adquirirla con todas las garantías para su salud. Eso sí, pagando el doble de lo que les pagaron a ellos.

Como quiera que aquí termina la carretera asfaltada, el resto del viaje consistirá en eso que llaman marcha de aproximación, y además a patita. Para ello será necesario proveerse de unos cuantos hombres-porteadores, quienes serán los encargados de transportar las materias más pesadas hasta el Campo Base, situado a más de quince minutos de recorrido a través de profundos y angostos prados.

Tras visitar una docena de caseríos en busca de personal, sólo pudimos reunir a 685 hombres; y es que hoy es sábado, y las gentes del lugar, sobre todo jóvenes, acostumbran a peregrinar por la noche a unos templos, donde celebran con exóticas bebidas la llegada del Dios Juerga.

Hoy domingo nos levantamos temprano dispuestos a partir hacia el campo. El campo base, se entiende. La marcha de la expedición no es todo lo rápida que quisiéramos, tal vez por esos 140 kilos por persona, que obligan a continuas paradas en el camino. Y todo porque a uno del grupo se le ocurrió traer su equipo de música, con más de 3.000 elepés, entre ellos uno de Agustín Pantoja, que más tarde provocaría masivas huidas de porteadores.

A eso del mediodía alcanzamos un collado desde donde se puede divisar un amplio panorama. Hacia el Oeste tenemos el impresionante y terrorífico valle del Urola; al sureste se levanta la increíble y espantosa silueta del Pagoeta (7.135 dm.) o Pa-othá, como lo llaman los indígenas. Justo enfrente de nosotros cae inclinada a plomo la angustiosa cara norte del Indamendi. Mil decímetros de afiladas agujas que brillan por su ausencia, y multitud de peligros de toda índole, aguardan al osado escalador que ingenuamente trate de superarlos. En el invierno de 1962, una expedición japonesa formada por tres mil chinos, logró salvar los primeros dos tercios de la pared, mas viéronse sorprendidos por una escalofriante tormenta de sirimiri monzónico. Tuvieron que permanecer inmovilizados en la pared más de dos minutos, lo que ocasionó grandes bajas en el grupo, salvándose tan sólo unos cuantos menos que la mitad de los que no se salvaron.

Por fin llegamos al lugar donde se instalará el Campo Base. En éste sitio no hay agua, y la fuente más cercana se halla a muchos segundos de distancia; por lo tanto habremos de prescindir del líquido elemento durante el mes largo que transcurra nuestra permanencia en la montaña. La sed no es lo más preocupante, pues disponemos de la bebida oficial de la expedición: el tintorro. Cuatro toneles de 200 litros cada uno, contribuirán en la tarea de aclimatación de nuestro organismo a la altitud y a la soledad. De comida principal contamos con tortilla de lentejas liofilizada, chuletitas de cordero y té. Los porteadores se suelen preparar unas babarrunas con chorizo, que a decir verdad, resultan de lo más apetitosas.

Una vez montadas las tiendas y todo el rollo ese, comenzamos a organizar el material de escalada. Entre las novedades que hemos traído, se halla un piolet-taladro para roca, con cortauñas incorporado. También vamos a probar un nuevo modelo de anorak, con interior forrado en piel de demonio que transforma el sudor en hielo.

Los últimos partes meteorológicos nos indican que con toda seguridad igual tenemos buen tiempo, a partir de mañana y hasta el jueves a las doce. En ese momento se producirán bruscos cambios en los niveles atmosféricos, originándose precipitaciones diversas, que serán de agua por encima de los mil metros; en la mar se espera marejada a fuerte marejada, con áreas de mar gorda, pero eso no nos importa.

Así pues, el lunes podemos empezar a montar los diecisiete primeros campamentos intermedios, y a eso del mediodía lanzar la primera piedra a la cumbre. Las dos cordadas participantes en el asalto definitivo, estarán compuestas por tres personas cada una, figurando un jesuita y un notario en la primera de ellas. Tenemos permiso del ayuntamiento para realizar hasta tres intentos.

Hoy es lunes, y el día amanece lloviendo. Pero lloviendo mucho. Además hay una niebla espesísima, y cantidad de vacas pastando por entre las tiendas. Pero a pesar de todo estamos decididos a tantear la montaña. Ascendemos los primeros metros hasta un muro vertical, que nos obliga a realizar una expuesta travesía. Al final de ésta, calados hasta los huesos, optamos por regresar al C.B. Después de dos minutos de duro descenso estamos de nuevo con nuestros compañeros. Como aún es temprano, algunos se van al pueblo más cercano a ver una película, mientras los demás nos quedamos vigilando las tiendas y comprobando la calidad del vino.

Hoy es el día siguiente a ayer; el tiempo parece haber mejorado un poquillo. Por lo menos no llueve y la niebla ha desaparecido. Subimos hasta el último punto alcanzado en la víspera. Un poco más arriba, un tremendo resalte de metro y pico de altura nos obliga a emplear todas nuestras fuerzas en superarlo. El jesuita tiene problemas con una rodilla, por lo que decidimos abandonarlo a su suerte. A eso del mediodía estamos al pie de un corredor herboso que conduce a la cresta somital. Se trata de un estrecho canal que es tramo común a la vía abierta el año pasado por una expedición palestino-israelí, con técnica americana. La técnica americana consiste en echar unas monedas en una grieta y seguidamente aparecen todos los pitones colocados en la pared. Una vez en la cresta, nos quedan ochenta metros aparentemente fáciles para llegar a la cima. Digo lo de aparentemente pues es una zona donde el viento azota con inusitada fuerza. No hace mucho que una expedición mejicana olvidóse de cargar con piedras las mochilas, y algunos de sus miembros fueron recogidos por un petrolero, que navegaba a más de seis millas de la costa.

Después de haber pasado un montón de problemas, y cuando sólo nos quedaban los últimos diez metros, va y se nos acaba el tiempo. Miramos atónitos nuestros relojes y, efectivamente, llevamos ya tres horas escalando; y es que en nuestro país está prohibido permanecer más de tres horas escalando una vía. Pero de

repente nos acordamos que teníamos que haber descontado el tiempo transcurrido en hacer las fotos. Por lo tanto aún nos quedan otros cinco minutos. Así pues nos apresuramos en alcanzar la cima, besar la cruz y hacer unas pintadas. Al fin hemos conseguido aquello por lo que tanto luchamos. Son momentos de gran alegría, difíciles de expresar con palabras, así que no sigo. Y como la aventura no acaba aquí, nos disponemos a efectuar el descenso. Pascualtxo se ha traído un ala delta, con la que piensa lanzarse desde la cima. Es la primera vez que se monta en un cacharro de estos, allá él. Nunca más volvimos a ver a este intrépido muchacho.

A eso de las doce de la noche, aterrizamos por el base, hechos polvo. Ni Dios salió a recibirnos; todos estaban chupando del saco. Como el radioteléfono no había funcionado, ignoraban todo lo sucedido por allá arriba. La victoria obtenida era muy importante, pero jamás justificaría el tener que despertar a nadie, y menos al cocinero, con la mala leche que gasta... Así que decidimos entrar en las tiendas sigilosamente y... ¡plof!. Pero ¿qué pasa? Todo lleno de luces, música y ajeteo. La gente se nos echa encima, y nos pringan de champán barato. Los muy cabritos ya se habían enterado.

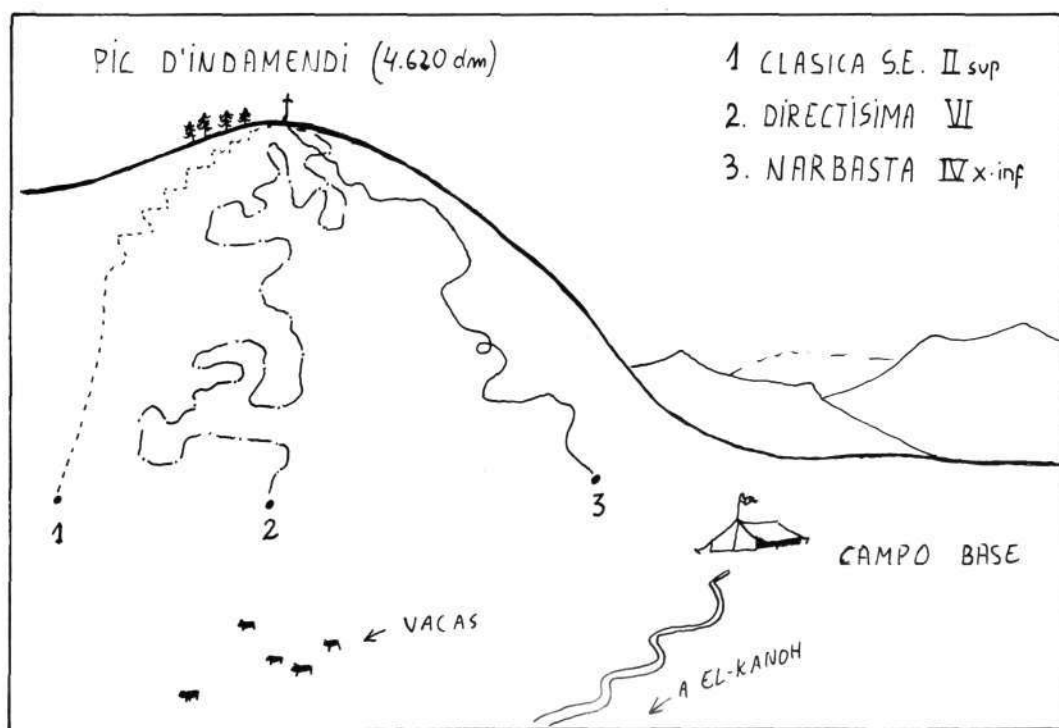
Luego supimos que una expedición Toledo-holandesa, paralela a la nuestra se había chivado. De todos modos lo importante era el éxito conseguido, un triunfo de equipo. Un nuevo itinerario, de los más difíciles al Indamendi estaba abierto. Sólo faltaba la inauguración oficial, llevada a cabo días más tarde por las autoridades locales; se procedió a cortar una cinta, y realizar el primer largo de honor a cargo del alcalde, eso sí, agarrándose a los clavos.

FICHA TECNICA

Expedición Visigoda al Indamendi formada por varios miembros.

Material utilizado: diverso.

Otros datos de interés: cuidado con los perros.



— CARA NORTE DEL INDAMENDI —